

Santos paleocristianos inexistentes; iconografía y devoción de lo inventado.

Jorge Rigueiro.

Cita:

Jorge Rigueiro (2011). *Santos paleocristianos inexistentes; iconografía y devoción de lo inventado*. En *Mito e historia I. El umbral del tiempo*. Mar del Plata (Argentina): Suarez SRL.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jorge.rigueiro.garcia/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pwTV/agO>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

SANTOS PALEOCRISTIANOS INEXISTENTES: ICONOGRAFÍA POR COSTUMBRE O CONVENIENCIA

Lic. Jorge RIGUEIRO GARCÍA
Universidad de Buenos Aires
ISP Dr J. V. González

“Por más que sea refinada, vuestra crueldad no sirve de nada: es más, para nuestra comunidad, constituye una invitación. Después de cada uno de vuestros goles de hacha, nos hacemos más numerosos: ¡La sangre de los cristianos mártires es semilla eficaz!”
Tertuliano. *Apológico* 50, 13.

A lo largo de la Edad Media, muchos santos han ido surgiendo dentro de la Iglesia y sobre todo luego del que podríamos denominar “gran ciclo de los mártires”, superado el S IV. Estos nuevos santos aparecieron por numerosas causas, las más de las veces, por la fuerza de la fe y la convicción religiosa; pero hay casos de santos que fueron la transposición de una imagen pagana transformada en santo o ángel; productos ficticios (con reliquias veneradas posteriormente, incluso) o, en el menor de los casos, figuras históricas transformadas en santos o santificadas luego de su muerte con profundas finalidades políticas.

Este es el caso de los llamados santos “nacionales” que se corresponden, por ejemplo, con los reyes que iniciaron o completaron el proceso de evangelización de sus respectivos pueblos, más allá del siglo VII y en ocasiones, su pretendida santidad pasa episodios de propaganda nacional o de corte nacionalista moralizante de personajes muy distante del modelo “corriente” de santidad. Los santos que nos interesan en este estudio se han erigido en muchos casos como emblemas nacionales o de ciudades, pero tienen un origen completamente diverso del antedicho. Son santos erigidos a través de la costumbre o de deformaciones de lecturas pías que dieron lugar a unificación de personas diversas en una, creaciones de obispos para enriquecer su sede con reliquias famosas e incentivar su culto, o leyendas forjadas y luego pasadas al escrito en fuentes “serias” y “confiables”, canonizando finalmente un grupo de ideas que tomó la forma de una persona humana y a la cual se le dotó de una vida, transformada luego en hagiografía.

No pretendemos analizar a todas las hagiografías existentes de santos de dudosa existencia, pero partiendo de una fuente venerable, la *Leyenda dorada* de Santiago de la

Vorágine (1230-1298) ⁽¹⁾, encontraremos un riquísimo material analítico por el cual veremos algunas vidas de santos paleocristianos gentilmente edulcoradas para aleccionar y edificar espíritus.

El mismo autor de la fuente pone en tela de juicio algunas de sus propias aseveraciones o datos recogidos, pero considera que son útiles a la hora de inflamar la piedad del creyente y no realiza en general ninguna crítica sobre el material recibido. Iniciada en 1250 y aparecida una década más tarde, la *Legenda Aurea* fue tomada por generaciones enteras como documento impostergable a la hora de conocer y adorar a los centenares de santos allí estudiados.

Dada su intención didáctica para con la religiosidad popular, las hagiografías ofrecían modelos de vida y conducta, verdaderos espejos de vida para los espíritus que accedieran a la fuente. Santiago Sebastián ⁽²⁾ opina que esta obra daba al lector lo que necesitaba: vidas novelescas en los santos de Oriente y milagros portentosos en los occidentales. Es esta fuente la que sirvió en muchos casos para la edificación de las iconografías que se tienen de algunos santos por haber colectado en sí un sinnúmero de otras fuentes previas y amalgamadas en un último relato, del cual se servirá la piedad popular.

Si bien no es la primera fuente escrita de la cual el artista anónimo evocó elementos para crear imágenes que luego se establecerían como auténticos tópicos iconográficos (como por ejemplo el Apocalipsis de Juan y los Evangelios Apócrifos, fuentes místicas e iconográficas durante todo el período medieval), nos interesa esta colección de hagiografías por ser un repositorio de material casi inagotable y motivador para la piedad popular y la institucionalización del culto a centenares de santos reales, ficticios o con partes de realidad y ficción, que sirvieron a incontables generaciones de espíritus necesitados de modelos cristianos a seguir.

Es esta cantera de donde extraeremos material para el rastreo de la iconografía de algunos santos y santas de dudosa existencia histórica pero que la fuente, también, puso en sus labios importantes verdades de la fe aún en tiempos en los cuales (y muy posiblemente), aún no estaba edificada tal ideología, pero que, como la Donatio constantiniana, pocos se atrevían a criticar durante la Edad Media.

¹ Santiago de la Vorágine: *La Leyenda dorada*; Madrid, Alianza, 1987, 2 tomos. Esta versión se basa en la de un manuscrito ilustrado del SXIV que se halla en la Catedral de Valencia.

² SEBASTIAN Santiago: *Mensaje simbólico del arte medieval*; Madrid, encuentro, 1996, pag. 371 y ss.

Actualmente, el proceso de creación de santos está rigurosamente pautado a través del Derecho Canónico ⁽³⁾ pero en la Edad Media y hasta la sanción del Código de Derecho

3 Por *canonización* se entiende el acto pontificio por el que el Papa declara que un fiel ha alcanzado la santidad. El proceso de canonización es uno de los procesos especiales que están regidos por una norma específica. Por la misma, se autoriza al pueblo cristiano la veneración del nuevo santo de acuerdo con las normas litúrgicas. Pero -sin dejar de ser de competencia exclusiva del Pontífice- al acto de la canonización precede un verdadero y riguroso proceso judicial. Una causa de canonización se desarrolla generalmente durante decenios, y no es extraño encontrar causas que han durado siglos: con el paso de los años, hasta llegar a la canonización, pueden haber intervenido decenas de jueces y oficiales especializados de la Santa Sede que examinan con detalle todos y cada uno de los pasos que se han dado y el acto de canonización se suele celebrar en una Misa presidida por el Papa, y constituye una de las ceremonias más solemnes de la Iglesia Católica.

Siguiendo el texto ordenado del Código de Derecho Canónico, el canon 1403 declara que el proceso que se sigue en las causas de canonización se rige por una ley especial: Canon 1403 § 1: Las causas de canonización de los Siervos de Dios se rigen por una ley pontificia peculiar. El procedimiento que se debe seguir en las causas de canonización está recogido actualmente en la *Constitución Apostólica Divinus perfectionis Magister*, de 25 de enero de 1983 (AAS 75 (1983) 349-355) y en las *Normae servandae in inquisitionibus ab episcopis faciendis in causis sanctorum* promulgadas por la Congregación para las Causas de los Santos el 7 de febrero de 1983 (AAS 75 (1983) 396-403). Estas normas modifican y actualizan lo relativo a las causas de canonización, normas que recogen a veces experiencias muy antiguas. En una causa de canonización de un fiel, se desarrollan varios procesos. En primer lugar, se debe proceder a la beatificación, que a su vez -normalmente- requiere dos procesos, uno de virtudes heroicas y otro por el que se declara probado que Dios ha obrado un milagro por intercesión del fiel que se pretende beatificar. Una vez beatificado, para proceder a la canonización se debe declarar probado un nuevo milagro por intercesión del beato.

A continuación se describe el proceso de beatificación y canonización.

Fase previa al proceso de beatificación: La Iglesia pide que se introduzcan causas de beatificación de fieles que hayan fallecido con fama de santidad, y que ésta sea constante y difundida en diversos lugares. El Papa Benedicto XVI en el Mensaje al prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos citado insiste en que “es evidente que no se podrá iniciar una causa de beatificación y canonización si no se ha comprobado la fama de santidad, aunque se trate de personas que se distinguieron por su coherencia evangélica y por particulares méritos eclesiales y sociales”. Para introducir una causa de beatificación se exige que transcurra un plazo. El derecho exige actualmente que haya transcurrido un plazo de cinco años desde la muerte del fiel y que no hayan pasado cincuenta años; esto obedece a que así se evita la desaparición de pruebas. De todas maneras, el Papa puede dispensar del plazo de cinco años (ejemplo de ello son los procesos de la Madre Teresa de Calcuta y el de Juan Pablo II). En el tiempo de espera y hasta que se proceda a su beatificación, la Iglesia prohíbe que bajo cualquier aspecto se dé siquiera la apariencia de culto público al fiel que ha muerto con fama de santidad.

La espera de cinco años o más, sin embargo, puede ser fructífera: los promotores de una causa pueden aprovechar estos años para recoger testimonios de personas que conozcan la vida del candidato a santo y que puedan ilustrar la fama de santidad, así como para redactar una biografía de rigor histórico con buen aparato crítico y cuidada documentación, que eventualmente pueda servir para presentarla en los procesos competentes.

Causas recientes y causas antiguas: Las causas de canonización se distinguen entre causas recientes y causas antiguas. En la legislación anterior a las causas antiguas se les llamaba causas históricas, pero esta terminología se ha abandonado para resaltar que en todas las causas, recientes y antiguas, se exige rigor histórico.

Según el n. 7 de las Normae, una causa es reciente si el martirio o las virtudes heroicas se pueden probar por declaraciones orales de testigos de visu (de vista); y es antigua si las pruebas sólo se pueden obtener de fuentes escritas. En la práctica una causa se considera antigua si los testigos de visu solo conocieron al candidato a santo siendo niños. La diferencia entre causas recientes y antiguas tiene importancia sobre todo en el plano procedimental. En una causa antigua no existe la urgencia de recoger las pruebas, porque los testigos de visu ya han desaparecido. Muchas veces los testigos que prevén, por edad o enfermedad, que no podrán declarar ante un tribunal formal, y consideran que pueden aportar declaraciones importantes para demostrar la santidad de una persona, redactan por propia iniciativa testimoniales “pro futura rei memoria”. Para que sea válida, se requiere que esta declaración sea jurada, que sea autenticada por un oficial público (por ejemplo, el párroco o el superior religioso), y que el testigo declare haber escrito la verdad y no haber omitido nada que pudiera oponerse a la causa. Una vez iniciada la causa, compete al Obispo o al Promotor de justicia examinar la oportunidad de adjuntar en las actas de la causa declaraciones de este tipo. En las causas antiguas y en todas en las que hayan pasado más de treinta años, el Obispo debe comprobar que el retraso en la causa no se ha habido fraude o dolo.

Fase diocesana del proceso de beatificación: Existen dos vías para la beatificación: se puede introducir un proceso de beatificación por virtudes heroicas, o bien puede incoarse un proceso de martirio. Los recorridos procesales, en ambos casos, son distintos. El proceso de beatificación por la vía de virtudes heroicas tiene como

finalidad la declaración de que el fiel vivió las virtudes cristianas en grado heroico. Al introducir el proceso, se establece la duda procesal de si el fiel vivió de esa manera, mientras que si el proceso se desarrolla por la vía de martirio, la duda sobre la que se establece el proceso es si el fiel sufrió martirio por su fe.

En todo proceso -y también en el de beatificación y de canonización- hay un actor, que es quien asume la responsabilidad de impulsar el proceso hasta terminarlo. Puede ser actor del proceso de beatificación cualquier persona, física o jurídica, aunque en estos procesos, dados los grandes plazos de tiempo que se requieren, lo normal es que sea una persona jurídica: una diócesis, la familia religiosa a la que pertenecía el fiel, etc. El actor, además, ha de nombrar un postulador de la causa. El postulador tiene la función de representar al actor en la causa: es él quien de hecho se encarga de impulsar la causa. Según las Normae servandae, promulgadas por la Congregación para las Causas de los Santos, el Postulador debe residir en Roma en el momento en que la causa se lleve a la Congregación y pueden ser Postuladores sacerdotes, miembros de Institutos de Vida Consagrada o laicos, peritos en historia, teología y derecho canónico y expertos en la práctica de la Congregación. Se pueden nombrar Vicepostuladores, que ejercen sus funciones en las diversas partes del mundo como delegados del Postulador. El tribunal competente para iniciar la causa de beatificación es el del lugar en que ha fallecido el fiel. El postulador ha de presentar una biografía del fiel, todos sus escritos -publicados e inéditos, como cartas, notas de conciencia, etc.- y una lista de personas que puedan testificar sobre su vida. También ha de añadir las razones que avalan la petición: difusión de la devoción privada, atribución de favores por su intercesión, etc. Desde el momento de la introducción de la causa, al fiel cuya canonización se pretende se le llama siervo de Dios. El hecho de que un fiel sea siervo de Dios no prejuzga de ningún modo su santidad; es más, se pueden ofrecer sufragios (Misas de difuntos y oraciones) por su alma.

Una vez introducida la causa por el actor, el Obispo ha de designar censores teólogos que examinen los escritos del siervo de Dios, los cuales deben certificar que en ellos no se contiene ninguna doctrina contraria a la fe y a las buenas costumbres. Una vez examinados los escritos, y si el examen de los escritos es negativo (no hay nada contrario a la fe y las buenas costumbres), el Obispo debe tomar la decisión de abrir o no el proceso. De todas maneras, si urge tomar declaraciones a los testigos para que no se pierdan pruebas, se puede seguir adelante sin esperar a que los censores emitan su dictamen. La decisión de Obispo debe tener en cuenta el bien de la Iglesia universal, para lo cual le puede ayudar conocer la fama de santidad del siervo de Dios y la difusión de su devoción. Si decide que la causa de beatificación se inicie, promulga un decreto por el que constituye un tribunal, nombrando al menos un juez y un promotor de justicia. El promotor de justicia tiene la función de buscar la verdad del caso: a veces se le ha designado “el abogado del diablo”, porque en otras épocas no buscaba la verdad, sino que su función era poner dificultades. Muchas veces participa también en el tribunal un secretario-notario. El objetivo del proceso es establecer si el siervo de Dios vivió en grado heroico las virtudes cristianas y su fama de santidad; para ello se examina la vida del siervo de Dios, y se intenta averiguar, por los hechos de su vida, el modo de vivir las virtudes. Nótese que importan poco los hechos extraordinarios que puede haber habido en la vida de un siervo de Dios: una causa en las que el postulador aporte sólo hechos extraordinarios, y no aporte pruebas del modo en que el siervo de Dios vivió las virtudes, difícilmente prosperará. Existe la práctica de considerar que se han vivido las virtudes heroicas, si el siervo de Dios luchó por vivirlas al menos los últimos cinco últimos años de su vida. Este criterio se ha flexibilizado recientemente en las causas de niños.

Naturalmente, lo dicho vale para las causas por virtudes heroicas: si la causa es de martirio, se centrará en el momento de la muerte del siervo de Dios, pues se trata de demostrar que murió por odio a la fe. No importarán, por lo tanto, el modo de vivir las virtudes heroicas. Las pruebas que se han de aportar se referirán, por lo tanto, al momento de su muerte.

Sobre el martirio, se debe tener en cuenta que aunque el motivo que impulsa al martirio sigue siendo el mismo que el de otras épocas y tiene en Cristo su fuente y modelo, han cambiado los contextos culturales y las estrategias por parte de los enemigos de la fe, que cada vez trata de manifestar de modo menos explícito su aversión a la doctrina cristiana o a un comportamiento relacionado con las virtudes cristianas, pero que simula diferentes razones, por ejemplo, de naturaleza política o social. Sin embargo, “es necesario recoger pruebas irrefutables sobre la disponibilidad al martirio, como derramamiento de la sangre, y sobre su aceptación por parte de la víctima, pero también es necesario que aflore directa o indirectamente, aunque siempre de modo moralmente cierto, el odio a la fe del perseguidor”, como recuerda el Mensaje del Papa al Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos. Una vez constituido el tribunal, en él se interrogan a los testigos, los cuales preferiblemente deben ser de visu (de vista); si no existen, o alguno aporta datos importantes, se pueden proponer testigos ex auditu (de oído). Se deben proponer un número notable de testigos que no pertenezcan al mismo instituto de vida consagrada del siervo de Dios, si es el caso, y también a personas contrarias a la causa.

Una vez terminada la fase probatoria, se redacta un documento en el que se examinan los datos recogidos (la llamada positio) y se envían todas las actas a la Congregación para las Causas de los Santos.

Fase romana del proceso de beatificación: En la Santa Sede es competente la Congregación para las Causas de los Santos. Dentro de la Congregación, existe un Colegio de Relatores. Su función es recibir las causas que lleguen e impulsarlas, de acuerdo con las normas de la propia Congregación y con el máximo rigor.

Canónico en 1917, las beatificaciones seguían otros caminos infinitamente diversos del vigente.

A través de la Historia la Iglesia ha reconocido y también ha borrado del santoral a muchos personajes considerados santos, compendiando sus biografías y organizando un

Una vez recibida la causa, se asigna a uno de los Relatores, el cual preparara las ponencias sobre las virtudes o sobre el martirio del Siervo de Dios. Esta tarea se suele prolongar durante muchos años, pues depende ante todo de la importancia de las causas; y la importancia la determina principalmente la fama de santidad. Por eso si el postulador quiere impulsar una causa, puede recoger relatos de favores atribuidos a la intercesión del siervo de Dios, si es posible con documentación que avalen el milagro como informes médicos, declaraciones juradas, etc. También son útiles otros documentos que avalen la fama de santidad, como cartas que escriben los fieles. Otro hecho que impulsa la causa es que se haya iniciado ya el proceso de un presunto milagro.

La ponencia sobre las virtudes o sobre el martirio se presenta a la Comisión de Teólogos, los cuales emiten su voto. Si éste es favorable, se entrega a los Cardenales y Obispos miembros de la Congregación. Si su voto también es favorable, se presenta al Santo Padre la propuesta de que se apruebe el decreto de virtudes heroicas del siervo de Dios: una vez aprobado, el siervo de Dios recibe el título de Venerable. Las normas litúrgicas no permiten dar ningún culto a los siervos de Dios declarados Venerables, pero desde el momento de su declaración han de cesar los sufragios por su alma, puesto que la Santa Sede ha juzgado que ha vivido en grado heroico las virtudes cristianas. Si la causa de beatificación se sigue por vía de martirio, no se procede a la declaración de Venerable. Como se sabe, para la beatificación de los mártires no es necesario el proceso del milagro. Una vez aprobada la ponencia por los dos grupos -Comisión de Teólogos y Congregación de Cardenales y Obispos- se presenta al Santo Padre, el cual, si lo estima conveniente, procederá a promulgar el decreto por el que se aprueba el martirio del siervo de Dios, y ordenará su beatificación.

El proceso del milagro: Es competencia del Obispo del lugar en que haya ocurrido la investigación del milagro que se atribuye a la intercesión de un siervo de Dios.

Se considera milagro a estos efectos un hecho que no es explicable por causas naturales, y que se atribuye a la intercesión de un siervo de Dios. La mayoría de los milagros son de naturaleza médica, pero es posible investigar milagros de otro tipo; en cualquier caso, como un milagro moral o físico, como la multiplicación de alimentos, por ejemplo. Al igual que en el proceso de virtudes heroicas, el postulador iniciará el proceso en el tribunal competente y propondrá las pruebas pertinentes. En el caso de milagros médicos, son útiles las pruebas médicas anteriores a la curación y posteriores, así como el testimonio de los médicos. No se debe olvidar demostrar que la curación fue por intercesión del siervo de Dios: deberá testificar, por lo tanto, la persona que haya pedido el favor al siervo de Dios (que puede ser el beneficiado por el milagro u otra persona). Sólo serán relevantes los milagros que bajo ningún aspecto pueda ser explicable por causas naturales. En el caso de las curaciones, por ejemplo, se debe descartar una curación por causas médicas que aún no se explican, pero quizá algún día se conocerán. Al igual que en el proceso ordinario, se redacta una positio y se envían las actas a la Congregación para las Causas de los Santos. En este caso, sin embargo, no se interviene un relator. Los milagros atribuidos se estudian en una Comisión de peritos (que será de médicos, si el favor es una curación), después en un Congreso especial de los teólogos, y por fin en la Congregación de los cardenales y obispos. Si los informes de los tres grupos es favorable, se presenta al Papa, que es quien tiene la competencia de determinar lo que sea conveniente.

Si el Santo Padre lo estima conveniente, emite un decreto por el que se aprueba el milagro y se ordena la beatificación. Tanto en este caso, como si la beatificación es de un mártir, la fecha de la beatificación se decidirá más adelante en un Consistorio de Cardenales, la que generalmente realiza el Papa durante una celebración eucarística.

La canonización: Una vez beatificado el siervo de Dios, para llegar a la canonización se debe hacer un nuevo proceso. El procedimiento para la canonización es similar para los beatos mártires y los beatos por vía de virtudes heroicas. En la canonización se espera a la intervención de Dios: es decir, lo que se debe probar es que ha habido un milagro atribuible a la intercesión del beato. Por lo tanto, se requiere un milagro para proceder a la canonización de un beato. El milagro debe ser posterior a la beatificación. Si se da un hecho extraordinario que puede ser milagro, se procede de modo similar al milagro anterior a la beatificación: se inicia un proceso de milagro, que es similar al proceso del milagro para la beatificación. Vale por lo tanto todo lo dicho en su lugar. Una vez terminado el proceso en el que se prueba que ha habido un milagro, el Santo Padre -si lo estima procedente- promulgará el decreto por el que se ordena la canonización, y la fecha se decide en un Consistorio de Cardenales. Por lo tanto, para proceder a la canonización de un siervo de Dios, se ha debido probar en juicio que ha habido dos milagros. Sin embargo, si el proceso es por vía de martirio, se debe probar sólo un milagro. Fuente: <http://www.iuscanonicum.org/index.php/derecho-procesal/47-otros-procesos-canonicos-especiales/247-el-proceso-de-beatificacion-y-canonizacion.html> (tomado el 29-09-10)

calendario de recordación para ello; siendo que alguna de las obras más completas que existen sobre hagiografías es la *Biblioteca Sanctorum*, que menciona a más de diez mil santos con sus vidas y milagros, además de la célebre *Leyenda dorada* u otras recopilaciones.

En los primeros tiempos del Cristianismo, se ve con gran frecuencia que la santidad iba unida al martirio aunque desde un principio y más allá de la existencia de personas sobresalientes, que llevaron la virtud y la coherencia a mayores niveles que el resto de los creyentes, se consideraba “santo” a todos los creyentes bautizados latamente. No obstante, no todos los cristianos que fueron encarcelados, torturados o deportados a las minas perecieron. Al haber sobrevivido al tormento, a pesar de su confesión pública de fe, fueron llamados “confesores” y fueron reverenciados por su coraje, público testimonio de fe y por su disposición a morir por ella.

Con la Paz de la Iglesia en el 313, el Cristianismo entró en una nueva era de relaciones pacíficas con el Estado romano y por lo tanto, la etapa de martirio tocó a su fin, comenzando a surgir nuevos modelos de santidad. Así empezó a haber un fuerte movimiento eremítico o anacorético, hasta la aparición del monacato. ⁽⁴⁾ La Iglesia llegó gradualmente a venerar a ciertas personas por la ejemplaridad de sus vidas y no tanto por lo doloroso de su muerte o las mismas circunstancias de su martirio.

Con el transcurso del tiempo y la evolución de la misma institución eclesiástica, los modelos de santidad incluyeron también a misioneros, obispos, monarcas cristianos que mostraron extraordinaria solitud para con sus súbditos o fenomenal fuerza evangelizadora para con su pueblo, y a los apologetas célebres tanto por su defensa intelectual de la fe como por su ascetismo personal. Finalmente, la lista se amplió con los nombres de fundadores de algunas órdenes religiosas, cuyos votos se insertaban en la tradición espiritual de los primitivos ascetas llamados *Padres de desierto*. ⁽⁵⁾

Paradójicamente, la muerte física del santo, significaba el triunfo sobre la misma muerte, pues significaba el nacimiento a la vida eterna. En ese aspecto, el cristianismo no conmemora a los santos por su fecha de nacimiento “civil” sino por el de su muerte, martirio o elevación a la gloria. Sumado a esto, y siguiendo a P. Brown ⁽⁶⁾; inicialmente, el principal lugar de culto

⁴ Una visión y revisión de la historia medieval europea bastante inteligente y totalizadora la constituye CARBONELL, Charles-Olivier & Al: *Una historia europea de Europa. Mitos y fundamentos (De los orígenes al siglo XV)*; Barcelona, Idea, 2000.

⁵ Sobre este punto, el clásico LACARRIÈRE, Jacques: *Los hombres ebrios de Dios*; Barcelona, Aymá, 1964. Más modernos: BLÁZQUEZ, José María: *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*; Madrid, Cátedra, 1998, BÜHLER, Johannes: *La cultura en la Edad Media. El primer Renacimiento de Occidente*; Barcelona, Círculo Latino, 2005 o WILLIAMS, Mark F.: *The making of christian communities in late Antiquity and the Middle Ages*; London, Wimbledon Publishing Company, 2005.

⁶ BROWN, Peter: *Le cult des saints. Son essor et sa fonction dans la chrétienté latine*; Paris, Ed. Du Cerf, 1984.

de los santos eran sus tumbas. Después de su muerte, los creyentes recogían sus restos, los guardaban en recipientes sellados y los depositaban en catacumbas o en otras tumbas secretas, siendo que estos lugares de adoración y culto a los muertos eran denominados *martyria* o *memoriae*, que se edificaron hasta avanzado el S VI. ⁽⁷⁾ Más tarde, en el aniversario de la muerte-renacimiento del santo, los amigos y familiares celebraban reuniones litúrgicas y banquetes funerarios o *refrigerium* en torno a los restos; y su culto empezó progresivamente a ser organizado y hasta gerenciado fundamentalmente por el obispo del lugar. ⁽⁸⁾

La creencia se fundaba en que el espíritu del santo, aunque se hallaba en el cielo, estaba presente de un modo especial en sus despojos y en las cosas que estuvieron en contacto directo con él, dado que el cuerpo ha sido la “cáscara” temporal donde habitó el alma del hasta hace poco amigo, conocido o futuro mártir. Por dondequiera que se veneraban las reliquias de un santo, el cielo y la tierra se encontraban y se entremezclaban de una manera enteramente novedosa para las sociedades occidentales. A medida que estos *martyria* iban convirtiéndose en lugares de peregrinación -y también de grandes fiestas-, se construirían posteriormente edificios sobre ellos para albergar las reliquias y asegurar una celebración y peregrinación más dignas de los santos venerados de la localidad.

El culto de los santos hacía “revivir” ceremonialmente a los muertos, infundía calor y proximidad a la leyenda, retroalimentando la esperanza de la promesa en la otra vida y proporcionaba a cada comunidad de cristianos sus propios santos patronos. Con un importante crecimiento, este culto arraigó en toda la cristiandad y los obispos comprendieron que era preciso controlar esas devociones populares, porque saber a quién rezaba la gente era un asunto de gran importancia. No había nada malo en la aclamación popular, pero se vislumbraba que el entusiasmo de los creyentes por sus patronos celestiales podía sufrir eventuales desengaños, pues no todos los “santos” que la gente veneraba eran realmente “santos”.

Con los mártires no había ningún problema: la autenticidad como santos se basaba en el hecho de que la comunidad había constatado y hasta presenciado su muerte ejemplar. Se sentía que el martirio era algo más que un acto de valentía humana: la muerte por Cristo requería un indudable apoyo sobrenatural. Sólo su poder conseguía obrar en el mártir y

⁷ Sobre la primitiva arquitectura cristiana, es muy eficiente KRAUTHEIMER, Richard: *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, Madrid, Cátedra, 1986 y BECKWITH, John: *Arte paleocristiano y bizantino*; Madrid, Cátedra, 1997 o su clásico *El primer arte medieval*; México, Hermes, 1964.

⁸ Ver entre otros, CAMERON, Averil: *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía. 395-600*; Barcelona, Crítica, 1998; MARROU, Henri-Irenée: *L'Eglise de l'Antiquité tardive. 303-604*; Paris, Editions du Seuil, 1985; BROWN, Peter: *El mundo en la Antigüedad Tardía (De Marco Aurelio a Mahoma)*; Madrid, Taurus, 1989 y *El primer milenio de la cristiandad occidental*; Barcelona, Crítica, 1997.

sostenerlo hasta el sangriento final. Incluso los pecados que el santo hubiera cometido quedaban borrados por el martirio. Éste constituía, en suma, el sacrificio fundacional y testimonial ante la comunidad e implicaba la consecuencia de la perfección espiritual. Una cosa era, sin embargo, reconocer la santidad de los mártires y otra hacer lo propio con los que no lo eran. ¿Cómo podía saber la Iglesia si alguien que no había sufrido martirio había perseverado en la fe hasta el final de su vida?

Esto se planteó por primera vez, según parece, en relación con los confesores. Al igual que los mártires, los confesores ya eran respetados y se les adjudicaba santidad aún antes de ser martirizados y estando en prisión. Muchos cristianos acudían a socorrerlos o a ser bendecidos por ellos en épocas de persecución y aún con gran riesgo para ellos mismos. Indudablemente, la prueba del martirio templaba -o no- sus espíritus y no todos los confesores mantenían intacta su virtud después del sufrimiento recibido, perdiendo la humildad o la misma fe y en consecuencia, su oportunidad de alcanzar la palma martirial y la gloria.

También, desde el S IV se trataba a los ascetas con el mismo respeto que se solía conceder a los mártires: si éstos se purificaban por el sufrimiento y la muerte, se pensaba que los ascetas se purificaban mediante el rigor de su disciplina espiritual y mortificación corporal. En definitiva, eran considerados junto a los confesores como “santos vivientes” y las historias de sus vidas comenzaron a surgir, a ser escritas, o hasta ser fraguadas.

Sobre esto debemos detenernos al preguntarnos: el asceta, verdaderamente estaba en comunión con la Divinidad y no había sucumbido a la tentación, cayendo en vanidad y orgullo? Era realmente un “santo viviente” y su muerte había sido efectivamente en *amicitia Jesu*? Este santo era realmente un interlocutor válido ahora entre “lo bajo” y lo alto” al decir de Brown?

La respuesta fehaciente al misterio estaba esencialmente a la vista: era realmente santo si el milagro operaba en sus seguidores o en quienes invocasen su ayuda e intercesión ante Dios a través de sus reliquias, o la sola mención de su nombre. Efectivamente, los santos más “poderosos” eran los que obraban mayor número de milagros en la comunidad, o, de ser pocos, por lo menos deberían ser espectaculares.

Luego de su conversión y en plena a al vez que gigantesca tarea de elaboración dogmática, San Agustín tuvo gran influencia al defender la idea de que los milagros eran señales del poder de Dios y pruebas de la santidad de aquéllos en cuyo nombre se obraban. Esto se vio reforzado tras el descubrimiento hacia el 415, de los restos de San Esteban y su

posterior dispersión entre varios santuarios occidentales. Los milagros no tardaron en producirse y San Agustín, deseoso de reafirmar en la fe a los creyentes, tomó nota de ellos.

Podemos ir concluyendo que hacia el siglo V existían, por tanto, varios de los elementos que finalmente serían codificados con posterioridad en el procedimiento formal que llevaría la Iglesia para la canonización de una persona. Podía identificarse al santo a través de, por ejemplo:

a.- Las historias y leyendas en que se habían transformado sus vidas, como ejemplos de virtud heroica.

b.- Por su reputación entre la gente, especialmente tras el martirio.

c.- La reputación adquirida de obrar milagros, en especial aquellos que se producían sobre las tumbas o a través de las reliquias. Este concepto es el llamado *gesta Dei per sanctos* o el obrar de Dios a través de los santos.

Si bien no todas las hagiografías eran verdaderas y la misma Iglesia tenía reservas sobre algunos santos venerados, se tardaron siglos en establecer los parámetros canónicos en el proceso de “elaboración de un santo”, como ya hemos visto. Mientras tanto, la devoción popular crecía y esto convenía a los intereses políticos, espirituales y económicos de la institución eclesiástica. En principio para la religiosidad popular y luego oficial, bastaba con haber muerto, ser recordado, venerado e invocado. Si encima de alejar del paganismo operaba un milagro, mejor aún.

Entre los siglos VI al XI, el culto de los santos creció y expandió geométricamente, en parte debido a la incorporación de nuevas áreas a la *Christianitas* y de la evangelización (muchas veces no poco problemática) de vastas zonas en Europa. (⁹) Cada nueva región deseaba ver a su misionero evangelizador y mártires iniciales (muertos indudablemente por evangelizar a quienes ahora deseaban elevarlos a los altares), o al rey que había convertido al pueblo o muerto heroicamente en defensa del mismo frente al ataque de bárbaros infieles.

Asimismo, la Iglesia alentaba el culto de los santos que resultaban moralizantes con un mensaje rápido de consumo y aceptación popular, cuando no significaba transmutar el culto de alguna divinidad pagana en santo. (¹⁰) Amén de esto, la adoración de imágenes y reliquias sumado a un creciente comercio con las mismas, hizo que se fuesen mejorando los criterios de

⁹ BROWN Peter: *El primer milenio de la cristiandad occidental*; Barcelona, Crítica, 1997.

¹⁰ Este tema ha sido abundante y felizmente transitado. Entre otros: ALTHEIM, Franz: *El dios invicto. Paganismo y cristianismo*; Buenos Aires, 1966; CARDINI, Franco: *Magia, Brujería y superstición en el occidente medieval*, Barcelona, Península, 1999; MONREAL Y TEJADA, Luis: *Iconografía del Cristianismo*; Barcelona, El acantilado, 2000; VERDON, Jean: *Las supersticiones en la Edad Media*; Bs. AS. Ateneo, 2009; DUNCAN, David, Swing: *Historia del Calendario*; Bs. As., Emecé, 1999.

canonización a la vez que de una suerte de tabulación sobre cuáles eran las reliquias verdaderas y efectivas, y cuáles apócrifas.

Notamos en este procedimiento de la Iglesia primitiva, que la elevación a la santidad correspondía a una decisión privada de cada obispo en cada sede o a lo sumo de un Sínodo que lo dictaminase, luego de una *elevatio* o una *translatio corporis*. A estas determinaciones de las llama canonizaciones particulares o episcopales, en tanto decisión de una sede en particular. ⁽¹¹⁾

Con posterioridad al S XI, se fue generalizando la idea de que sólo el Papa, en tanto cumplimiento de su función pastoral, era el que podía prescribir el culto público de algún santo consagrado en el culto particular, elevado a culto universal. Esto finalmente ocurrió en 1234, luego que Gregorio IX lo sancionase en sus *Decretales*. Anteriormente, Alejandro III, eficiente canonista en plena problemática de Papado e Imperio, reivindicó la autoridad pontificia de otorgar el título de santo a quien correspondiera y su consiguiente culto público. De esta manera, se intentaba evitar que el clero regional y los obispos en particular, santificasen personas libremente disponiendo y autorizando su culto público a la vez que agradando a sus monarcas o al emperador.

Hacia el siglo XIV, el Papado empezó a autorizar el culto a personas cuyo proceso de santificación aún no estuviese finalizado (es decir, aún eran *servus Dei*), dando el origen a lo que conocemos como *beatificación*. Finalmente, desde Sixto IV, en 1483 quedaron canónicamente separados los conceptos beato y santo, tan indiferentemente entremezclados durante la Edad Media.

En 1588 se creó la Congregación de Ritos por medio de la Constitución “*Immensa Aeterni Dei*”, por la cual se gestionaba la creación de santos hasta que se crease la Congregación para la causa de los Santos, en 1969, con Paulo VI. Normativas posteriores perfeccionaron el sistema de creación de santos, pero no es nuestro objetivo analizar tal aspecto.

Indudablemente, de muchos santos primitivos es imposible rastrear su existencia física y seguir el proceso de santificación, pero nos queda la tradición popular y el efecto de arrastre

¹¹ En alusión a esto el Card. José SARAIVA MARTINS, Prefecto de la *Congregación para las causas de los santos*, opina en el Sitio oficial del Vaticano que “Benedicto XIV, el “*Magister*” de las causas de los santos, equipara las canonizaciones episcopales a las beatificaciones, que consisten en la concesión (*permissio*) de un culto “*pro aliquibus determinatis locis*” (*De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, Prato 1839, L. I, cap. 31, 4, p. 196).” Se puede consultar *in extensu* en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/csaints/documents/rc_con_csaints_doc_20050929_saraiva-martins-beatif_sp.html

que hizo que sus advocaciones siguieran vigentes. Ese es nuestro objeto perseguido: rastrear la iconografía de algunos santos de improbable existencia “física”, pero de sólida presencia teológica en el ánimo cristiano y sus festividades.

Citemos algunos casos.

San Longinos

Este soldado romano casi ciego fue el que traspasó con su lanza el costado de Cristo para cerciorarse de su muerte tras la crucifixión y de cuya herida brotó abundante agua y sangre, como así también presencié una serie de prodigios en la naturaleza que significaron su conversión. A partir de estas escena registrada en el Evangelio de Juan (¹²) donde aparece el soldado que clava la lanza y en menor medida el de Mateo (¹³) donde el centurión y sus compañeros comprobaron la esencia divina de Jesús, dos personajes diferentes fueron unidos bajo un mismo cuerpo, cuya vida fue adornada continuamente de elementos que lo transformaron a la larga en un verdadero mártir de la fe.

Al estar al pie de la cruz y siendo salpicado con la sangre que brotó del costado de Cristo, curó su vista severamente menguada (cosa notable en un soldado que debe estar de guardia en un sitio de tormento), y al verificar el oscurecimiento del sol, terremotos y otros fenómenos extraños, se convirtió. Al hacerlo, abandonó la milicia romana y partió por indicación apostólica a Capadocia, donde permaneció por veintiocho años en vida monacal (otro dato anacrónico, ya que no había monasterios en el S I). Perseguido a su vez por su fe, el gobernador de Cesarea en Capadocia hizo que se le arrancasen los dientes y cortase la lengua, cosas que no le impidieron predicar y seguir convirtiendo gentiles al cristianismo. También, destruía ídolos a hachazos y hasta dialogaba con los demonios contenidos en estas imágenes, los cuales se refugiaron en el cuerpo del gobernador y de sus secuaces. El final de su vida fue autoprofético: cuando el gobernador poseído por demonios y hasta ladrando acudió a Longinos para que lo salvase, le anunció al enajenado que sanaría cuando lo hiciera matar degollado y que una vez muerto, Longinos pediría al Señor por su salud y vida, cosa que así

¹² Juan 19: 32; 37: “Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. 33 Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, 34 sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. 35 El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. 36 Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No se le quebrará hueso alguno. 37 Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.”

¹³ Mat. 27: 54: “Por su parte, el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios.” Esta frase lo transforma en el primer convertido al cristianismo. Pasajes similares se ven en Marcos 15: 39 y Lucas 23:47.

fue, logrando su conversión. ⁽¹⁴⁾ Con posterioridad, la Santa Lanza se convirtió en preciada reliquia, de la cual se conocen por lo menos 4 ejemplares (San Pedro en Roma, la Sainte Chapelle de París, el Palacio del Hofburg en Viena, transformándose en la de más intrépido recorrido histórico y una reconocida copia en Cracovia, regalo de Otón III a Boleslav el Bravo), amén de la rica historia que este objeto tuvo desde su creación y paso por manos de patriarcas en el Antiguo Testamento, como así también la suerte que tuvo al ayudar a Constantino en Puente Milvio, a Carlos Martel en Poitiers, a Carlomagno en más de 50 ocasiones, a Federico Barbarroja llegando el esoterismo más desenfadado a depositarla en manos de Hitler cuando anexó Austria.

También y según otra tradición relatada por Eginardo, con la habitual prolijidad cronística, Longinos llevó a Mantua en Italia, una urna con tierra del Gólgota empapada de sangre de Cristo como así también la esponja con restos del vinagre del que bebiera Cristo y por temor a las persecuciones, enterró todo en un relicario de plomo, el cual fue redescubierto gracias a la intervención de San Andrés que se apareció en sueños a un buen fiel. Este comunicó el lugar del enterramiento al emperador Carlomagno y constatada su autenticidad por el mismísimo Papa León III. La edificación de la correspondiente basílica concatedral de San Andrés Apóstol es posterior al hallazgo de esta reliquia y significó también que Carlomagno llevase para su Capilla Palatina un trozo del cráneo de San Longinos, para ser venerado como correspondía.

El nombre de Longinos proviene del Evangelio Apócrifo de Nicodemus ⁽¹⁵⁾ en tanto el centurión que atestiguó los prodigios acaecidos a la muerte de Cristo permanece en el anonimato. Luego, la tradición iconográfica ha vestido a Longinos como centurión y hay testimonios de su culto ya desde el S IV. ⁽¹⁶⁾ Puede aparecer vestido de militar romano, a veces a caballo o de rodillas en actitud de agradecimiento; porta alternativamente la palma martirial o la lanza con la que atravesó a Cristo. En escenas primitivas que muestren la Crucifixión y en manuscritos se ve a un personaje anónimo en el momento de clavar la lanza desde el suelo (pero sin ser curado de su ceguera), en tanto el Barroco lo sube a caballo en

¹⁴ *La Leyenda dorada*, Op. Cit., pp.189-199.

¹⁵ En su Cap. X: 5 dice: “Y un soldado, llamado Longinos, tomando una lanza, le perforó el costado, del cual salió sangre y agua”, para especificar en XI: 4; 6: “Y el centurión, al ver lo que había pasado, glorificó a Dios, diciendo: Este hombre era justo. Y todos los espectadores, turbados por lo que habían visto, volvieron a sus casas, golpeando sus pechos. 5. Y el centurión refirió lo que había ocurrido al gobernador, el cual se llenó de aflicción extrema y ni el uno, ni el otro comieron, ni bebieron, aquel día. 6. Y Pilatos, convocando a los judíos, les preguntó: ¿Habéis sido testigos de lo que ha sucedido? Y ellos respondieron al gobernador: El sol se ha eclipsado de la manera habitual” Nuevamente, como en los Evangelios Canónicos, soldado y centurión son personas diversas.

¹⁶ Monreal y Tejada, Op. Cit.; pag. 332.

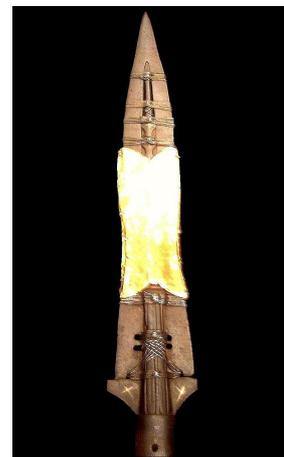
actitud de lanzear el cuerpo de Cristo. También, de estar de pie, el centurión tiene asida la lanza y mirando hacia el cielo, como la célebre escultura de Bernini.



Fresco catalán con la imagen de Longinos del S XII.



Cáliz de la Iglesia de San Longinos en Lancianos, España. Contiene sangre y el corazón de Jesús lanceado por Longinos



Una de las "Santas Lanzas" conservadas

Santa Tecla

Según la *Leyenda dorada* ⁽¹⁷⁾, Tecla era esposa de Zamiro (esta versión la hace esposa. Las demás fuentes de la leyenda la hacen –como corresponde y veremos después- *prometida*) y un día al escuchar la prédica de San Pablo sobre la virginidad, decidió incorporarse a sus seguidores. Acusada y denunciada por su madre ante el procónsul, fue enjuiciada junto a Pablo. Éste fue expulsado de Iconio y Tecla condenada a morir en la hoguera. Como las llamas no afectaron su cuerpo, huyó junto a Pablo hacia Antioquía. Al llegar allí, un poderoso hombre público se había enamorado de ella y le propuso ser su amante, pero como no atendió a su pedido, fue denunciada por adúltera y sacrílega, condenada a ser comida por las fieras en el circo.

Como los animales no la tocaron, fue arrojada a un estanque con cocodrilos y caimanes, pero como ella declaró al ser arrojada que esas aguas le servirían de bautismo, hizo que al entrar en contacto con ella, las fieras muriesen en el acto.

Nuevamente llevada al circo, animales más feroces que la vez anterior la esperaban, pero unas matronas piadosas arrojaron un líquido oloroso que las dejó adormecidas. Tras esto, un conjunto de toros embravecidos fue arrojado contra ella azuzados por tener los cascos con herraduras incandescentes, pero nuevamente, se quedaron inmóviles ante su presencia, en

¹⁷ *La Leyenda dorada*, Op. Cit. pp. 908-909. Una interesante *Vida y milagros de Santa Tecla* fue escrita por el célebre Basilio de Seleucia, o atribuida a él, hacia mediados del SV y pertenece al género hagiográfico a la vez que un panegírico de la ciudad donde la santa desarrolló su actividad.

tanto las ataduras que la tenían indefensa, se quemaban milagrosamente y pudo escapar con Pablo hacia Seleucia.

Muerto su esposo/prometido, ella pudo volver a Iconio, no sin tener que evitar la maldad de su madre. Sus últimos años los pasó en convivencia con un grupo de mujeres piadosas en una suerte de comunidad religiosa hasta morir tranquilamente, no sin antes haber enseñado la nueva fe y bautizado a numerosas personas. ⁽¹⁸⁾

Nos encontramos en Tecla un riquísimo personaje del cual Peter Brown ⁽¹⁹⁾ analiza con profundidad su esencia dado el alto voltaje ideológico puesto en ella en cuanto a la renuncia sexual y forma de abrazar la castidad, además de representar una mujer de los primeros

¹⁸ Elegimos otra versión, más propicia a nuestro análisis, proveniente de una hagiografía desarrollada "...Allá por el año 48 de nuestra era, durante su segundo viaje apostólico, S. Pablo visita Iconio acompañado de Bernabé. Es una ciudad de Asia Menor que hoy forma parte de Turquía. Al entrar en la ciudad es invitado cortés y amablemente por Onesíforo a hospedarse en su casa. Las puertas están abiertas a quien quiera escuchar el anuncio del Evangelio. A la casa van acudiendo las gentes. Pero, aparte de los que se reúnen, alguien más escucha la Palabra. Se proponen doctrinas nuevas que resultan inauditas y apasionantes como la continencia y la resurrección. Frente a ese punto de encuentro tiene su hogar una familia noble y rica. Allí vive Tecla con sus dieciocho años. Es la hija bellísima y casadera que se embelesa con lo que le llega de la predicación del Apóstol. Su madre está inquieta y sumamente molesta porque sólo vive para escuchar lo que se está diciendo en la casa de enfrente; la ha visto como en éxtasis, ausente... ni siquiera come, día y noche está sin pestañear clavada en la ventana, no pierde detalle. Termina por comunicar a Tamiris, novio de Tecla, su preocupación. Todos los esfuerzos familiares se han aunado para hacerla desistir de su actitud y todos los razonamientos resultan vanos a la hora de intentar que la joven se olvide de lo que está escuchando. Ella ha tomado la resolución de abandonar su vida cómoda y sus planes de futuro matrimonio, sólo quiere seguir a Jesús de quien Pablo habla. Entre los amigos primero y entre conocidos después va de boca en boca corriendo la noticia de lo que pasa a Tecla por escuchar a ese predicador acerca de un judío resucitado. La clase alta de la ciudad se conmueve hasta tomarse la resolución de acusar a Pablo a las autoridades por brujería y hechizos. Pablo es encarcelado y Tecla, sobornando al carcelero, entra loca de alegría en la cárcel y escucha horas y horas las grandezas de Dios, sentada en el suelo junto a los hierros del preso. Pablo fue azotado cruelmente y penado con el destierro. El delicado amor de Tamiris se trueca ahora en desesperación y odio contra quien fue su amada y se prepara una hoguera donde Tecla va a ser castigada. El martirio de Santa Tecla incluye, entre otros, los siguientes tormentos: Fue lanzada a un foso con reptiles venenosos (un hagiógrafo lo describió como un foso con focas, a las que evidentemente, desconocía) que la respetaron. Se la ató entre dos bueyes, para despedazarla, y estos perdieron su fuerza. Otras versiones muestran que para enfurecerlos, ataron brasas a sus testículos. La colocaron sobre una pira para quemarla viva, pero el fuego protegió su desnudez y se apartó o fue apagado con un diluvio, quemando a sus verdugos. Por fin fue lanzada a los leones, los cuales lamieron sus heridas y sanó. Otra versión habla que una leona se le puso a la par y la defendió de dos leones y un oso hasta morir. Derrotados sus perseguidores la dejaron en libertad y ella vivió en una cueva, como anacoreta, dedicada a la oración hasta su vejez. Sin embargo, en una nueva agresión, le fueron enviados unos soldados para ultrajar a la nonagenaria anacoreta. Santa Tecla oró para librarse del nuevo tormento y permanecer pura. La cueva se derrumbó dejando solamente su brazo al descubierto. Los seguidores de la santa recogieron el brazo y lo trasladaron a Armenia para darle sepultura y rendirle culto. De allí fue trasladado a Tarragona para custodiarlo en la catedral consagrada a su memoria. El centro del culto de la "protomártir semejante a los apóstoles", estaba en Meriamlik, cerca de Selefkie o Seleucia. La basílica de la Santa, uno de los más concurridos santuarios de la antigüedad, era una construcción monumental, magníficamente decorada. Bajo el templo se encontraba la gruta en que Tecla habría terminado su vida antes de desaparecer tras de la roca, que se cerró para ocultar su cuerpo. Lo propio de este culto es que en él falta la tumba".

En: <http://www.lamercedxativa.org/leyenda.htm> y <http://es.catholic.net/santoral/articulo.php?id=545> (consulta: 01-10-2010) Sobre Pablo en Tarragona y el Cristianismo Primitivo, se desarrolló en Tarragona un interesante Congreso Internacional Pablo, Frutoso y el Cristianismo Primitivo (ss I-VIII), en Junio de 2008, del cual una de sus ponencias nos interesa: "La pasión de Tecla, discípula de Pablo, y las Actas de Pablo y Tecla", por Alba María ORSELLI.

¹⁹ BROWN, Peter: *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*; Barcelona, Muchnick, 1993.

tiempos del Cristianismo, por la que se preconizaba igualdad entre géneros y se le adjudicaba una libertad dentro de la comunidad religiosa que nada tenía que ver con la sujeción de la cual era objeto en la religión romana. ⁽²⁰⁾

Además de esto, según *Actas de Pablo y Tecla*, que a su vez contienen los *Hechos de Pablo y Tecla* ⁽²¹⁾, ella también realizaba curaciones en Seleucia, por lo que fue tachada de “competencia desleal” y se decidió quitarle la pureza, interpretada como fuente de su poder curativo. Esto generó un importante conflicto entre paganos y cristianos, dado que Tecla ya se la consideraba bautizada. ⁽²²⁾

Su personalidad, rica y avasalladora, abarca para los inicios de su culto, aproximadamente hacia el S II, una serie de imágenes que mostraban las corrientes ideológicas y hasta de cierta moral respecto del matrimonio, la castidad y la vida consagrada a Dios: el problema de la elección del matrimonio enfrentado a la entrega célibe a Dios. ⁽²³⁾

Hasta que la Iglesia no elaborase un discurso que beneficiase al matrimonio por sobre otras situaciones de vida de las personas, el celibato, la virginidad y la oración eran el mejor programa, cosa que contrariaba seriamente las tradiciones civiles romanas y la obvia perpetuación de la especie. Cuando Tecla, a través de la leyenda se declara ferviente partidaria de la virginidad y la entrega a Dios, luego de superar todos los intentos de martirizarla, siguió a Pablo e incluso se vistió de hombre y cortó su bella cabellera para poder huir y estar junto a él, se dedicó a las curaciones y bautismos, se transformó en un personaje rarísimo dentro del santoral: viajera, evangelizadora, solitaria y sin marido, próxima a un Apóstol del cual hasta comparte la potestad de bautizar, sanadora y murió longeva en su último intento de proteger su pureza, la misma pureza que en Seleucia la hacía sospechable de tener contrato con la diosa Artemisa. Es la misma que sirvió de modelo a Melania, Egeria, Macrina y otras mujeres heterodoxas y ascetas en su comportamiento respecto de lo sexual. Su leyenda ha ido cambiando con el correr del tiempo, y de ir evangelizando a la par de Pablo, se terminó

²⁰ HIDALGO DE LA VEGA, María José: *Mujeres, carisma y castidad en el cristianismo primitivo*; en Revista electrónica de la Universidad Complutense de Madrid: <http://revistas.ucm.es/ghi/02130181/articulos/GERI9393110229A.PDF> (consulta 30-09-10).

²¹ PIÑERO SÁENZ, Antonio y del CERRO Gonzalo: *Hechos apócrifos de los Apóstoles*; Madrid, BAC, 2005, 2 T. En estos hechos apócrifos se nuclea textos de vieja data y algunos finalmente fijados en escrito hacia el SXI, como el citado de los *Hechos de Pablo y Tecla*. Incluso, hay autores que afirman que muchas de estas *Actas apócrifas*, fueron de redacción femenina. Para más datos: GUAL, Carlos: *Audacias femeninas*; Madrid, Nerea, 1991, cap. IV: *Tecla*. Aporta bibliografía accesible y esencial. Sobre mujeres poderosas, entre otros: MARTOS RUBIO, Ana: *Papisas y teólogas. Mujeres que gobernaron el reino de Dios en la tierra*; Madrid, Nowtilus, 2008.

²² TORRES PRIETO, Juana: *La ocupación de espacios sagrados como fuente de conflicto entre paganos y cristianos*; en *Actas y Comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval*, FyL, UBA, Vol 3, 2007.

²³ VERDON, Jean: *El amor en la Edad Media. La carne, el sexo y el sentimiento*; Barcelona, Paidós, 2008, Primera parte.

tornando una “anacoreta, una eremita religiosa”.⁽²⁴⁾ Este mismo anacoretismo y eremitismo que dará lugar luego a un muy extendido movimiento masculino en toda Asia Menor y trasladado en menor medida a Europa.⁽²⁵⁾

Esta renuncia sexual prefigura la postura que los grandes anacoretas del desierto anatolio posteriormente desarrollarán y por los que serán exaltados en la tradición y ortodoxia. Dice P: Brown:

“El cuerpo joven de Tecla se mantuvo asombrosamente aislado. Conservar su virginidad significaba conservar una identidad personal enraizada en el cuerpo físico, puesto que se manifestaba en la integridad física que retuvo consigo desde su nacimiento. Tecla no fue un modelo que sólo debían imitar las cristianas. Su cuerpo intacto hablaba tanto a hombres como a mujeres. Era una imagen condensada del individuo, siempre amenazado de aniquilación, situado desde el nacimiento por encima de las amenazadoras presiones del mundo.”⁽²⁶⁾

En cuanto a su iconografía, es variada y la tradición de su representación es más moderna que tardo antigua. Desconocemos mucha de su iconografía inicial, pero la que ha llegado sobre todo al S XV (y especialmente a Tarragona, donde se custodia la reliquia de su brazo surgido de entre las rocas tras la muerte milagrosa de la santa) la muestra con ricos atavíos y con la palma del martirio portando en su mano la Tau que la identifica (usa la misma letra inicial que Tarragona).⁽²⁷⁾

También, mucha de su iconografía la retrata en diversos momentos de su martirio, desnuda y apenas cubierta por su emblemático cabello rubio o por las mismas llamas que deberían consumirla. En los íconos griegos aparece a las puertas de su caverna, ataviada como una virgen casta, con la cruz en su mano y un león (o mejor sería decir, una leona) echada a su lado, al igual que San Jerónimo. Más tardíamente, se le coloca un libro en una mano y un haz de llamas de fuego en la otra, como posible emblema de su martirio. También aparece con

²⁴ ANDERSON, Bonnie S y ZONSSER, Judith P: *Historia de las mujeres. Una historia propia*; Barcelona, Crítica; 2009, pag. 97.

²⁵ Sobre este movimiento y en mayor medida, el marco cultural de su desenvolvimiento: PAUL, Jacques: *Historia intelectual del Occidente medieval*; Madrid, Cátedra, 2003 y CLÉVENOT, Michel: *Le triomphe de la Croix. Les hommes de la Fraternité IVe et Ve siècles*; Paris, Golias, 1999.

²⁶ BROWN, P.; Op. Cit., Pag. 223.

²⁷ El signo de la letra *tau* portado por esta santa tiene que ver con un antiguo signo cristológico. Si bien la *tau* es el signo con el que serán marcadas las frentes de los elegidos en el Apocalipsis o como anunciara Ezequiel, también ha sido usado por los primeros cristianos como identificador bajo el signo de *Iahweh*. Al usarse una “+” o una “x” en su reemplazo, los primeros cristianos del S I pudieron así esbozar una primitiva representación de la cruz o el mismo nombre de *Iahweh*. De esta manera “portar el Nombre” sumado al signo de persignarse aseguraba a cada la posibilidad de la salvación. Puede parecer extraño ver usar en cristianos el nombre de *Iahweh*, pero recordemos que el Nombre en el Antiguo Testamento, designa a Dios, en tanto la palabra, apela directamente a Cristo, como encarnación del Verbo. En DANÉLOU, Jean: *Les symboles chrétiens primitifs*; Paris, du Seuil, 1996, cap. IX. También: HEINZ-MOHR, Gerd: *Lessico di iconografia cristiana*; Milán. Istituto Propaganda Libreria, 1984, entrada: “*croce*”.

la palma martirial en una mano y sosteniendo la reliquia de su propio brazo en la otra. Cuando el Greco, maestro de raigambre griega y conocedor profundo de los íconos ortodoxos la retrata, lo hace en compañía de María, que porta al Cordero sobre su falda, en tanto Tecla, tiene su largo cabello cayendo desde su hombro, está galardonada con la palma y cobija debajo de su manto al león.



Catedral de Tarragona: Relicario con el brazo de Santa Tecla



Catedral de Tarragona: Detalle de Retablo con escenas de la vida de Tecla



Icono del siglo XIV. Santa Tecla

Santos Celso y Nazario

Estos dos santos son una pura invención ya en sus mismos inicios del culto, pues la principal noticia que se tiene de ellos proviene del hallazgo de sus supuestos cuerpos por nada menos que por San Ambrosio y por inspiración divina, en un huerto milanés, hacia el S IV. ⁽²⁸⁾ Incluso, la etimología de sus nombres inspira la invención: Nazario, proviene del hebreo, “consagrado a Dios”. También puede aparecer como “Nazareno”. Celso, en cambio significa alto, elevado, más latamente, excelso. Así, encontrados dos cuerpos por separado, se interpretó que eran estos dos santos y desde ese momento, se estableció su culto público.

Según la *Leyenda Dorada*, Nazario o Nazareno, era hijo de Africano, un judío muy influyente y de Perpetua, matrona romana bautizada por San Pedro. Debido a lo intercultural de la pareja, el niño se vio desde pequeño atribulado por las fuerzas que ambos padres ejercían para que decidiese volcar su espíritu hacia una u otra religión. Como se desprende de la

²⁸ *La leyenda dorada*, Op. Cit. pp. 414 y ss.

fuelle, Nazario decidió convertirse en cristiano y fue bautizado por San Lino, antes de convertirse en papa, lo que sitúa la acción de su vida durante el S I.

Instado por su padre a que recapitase sobre el hecho de convertirse a una religión prohibida y perseguida, logró un efecto contrario: Nazario se lanzó a los caminos para predicar el cristianismo, abandonando la peligrosa Roma cargado de riquezas que sus padres le dieron, pero entregándolas a los pobres a lo largo del camino. Años después, nos lo encontramos en Milán, confortando a los futuros mártires Gervasio y Protasio para cumplir con su destino, por lo que fue apaleado y expulsado nuevamente a los caminos. Al tener una visión de su madre muerta exhortándolo a seguir adelante, marchó a las Galias, convirtiendo a su paso a numerosas personas. Es en Ginebra donde una matrona le presentó a un niño solicitándole lo bautizara y se lo llevara consigo como discípulo. Aparecía en escena Celso y desde entonces compartiría la suerte de su maestro en los caminos.

Salvados de ser martirizados por la esposa del Prefecto del lugar, fueron nuevamente expulsados y en Tréveris se radicaron, donde Nazario edificó una iglesia (insistimos; es muy dudoso que se edifiquen iglesias durante el S I). Denunciados ante Nerón, éste los hizo llevar prisioneros a Roma y encerrados.

Luego de una cacería en la que Nerón fue herido, sus dolores le impidieron descansar, y pensó en ofrecer en sacrificio las vidas de estos dos personajes que había casi olvidado en una prisión. Cuando los trajeron ante sí y vio el rostro resplandeciente de Nazario, creyó que tenía alguna poción oculta o contrato con los dioses, por lo que lo obligó a ofrecer sacrificio en el templo. Nazario solicitó quedarse solo un instante y se puso a orar, cosa que hizo que los ídolos estallasen en pedazos.

Furioso, el emperador hizo que los jóvenes fuesen arrojados encadenados al mar para morir ahogados y cuando fueron echados por la borda, se desató una terrible tempestad que aterrorizó a los marineros incrédulos, pensándose muertos al instante.

Sorpresivamente, Nazario y Celso emergieron tranquilamente y comenzaron a caminar sobre las aguas hasta que pudieron subir al barco nuevamente, tranquilizar a la tripulación y al instante se apaciguó la tormenta.

Trasladados de allí a Génova y luego a Milán, dejó a Celso a cargo de una señora, desde donde retornó a Roma. Su padre ya viudo, se había convertido al Cristianismo, gracias a una aparición de Pedro que lo exhortó a abrazar la religión de su esposa e hijo. Nuevamente expulsado de esta ciudad, volvió a Milán, donde fue denunciado junto a Celso, y fueron condenados a morir decapitados. Muertos, sus cuerpos fueron depositados en una huerta y más tarde en el sótano de una casa.

Siglos después, en vida de San Ambrosio, éste mandó construir una tumba digna para Nazario ya que cuando fue desenterrado despedía olor de santidad y su cuerpo absolutamente incorrupto la vez que con la sangre fresca sobre los cabellos mojados aún por el suplicio, en tanto dejó a Celso en su emplazamiento original.

Según las fuentes, el martirio se produjo un 28 de julio del año 68, bajo Nerón, aunque el Santoral les reconoce otras fechas: 12 de junio (en cuanto a la invención de los cuerpos), 10 de mayo (por el traslado de las reliquias), 19 de junio (junto a Gervasio y Protasio) y 14 de octubre (en el Calendario de la Iglesia Griega). En todos los casos, la leyenda fue fraguada durante el S IV para dar realce en Milán a Gervasio y Protasio, cuyos cuerpos también fueron encontrados por San Ambrosio y muy posiblemente se trate de otra invención.

Según la *Vita Ambrosii*, XXXII, XXXIII (²⁹) de Paulino de Milán, Ambrosio encontró primero unos restos en un huerto, que según sus dueños, tenían la obligación de no abandonar desde hacía varias generaciones. Esos restos, que le serían adjudicados la identidad de Celso, fueron dejados en ese lugar y posteriormente se construyó un oratorio sobre él. En cambio los otros restos, que serán los de Nazario, fueron trasladados a la Basílica de los Apóstoles (hoy denominada de los Apóstoles y de Nazario el Mayor), construida por Ambrosio. Estos restos pronto tendrán un culto público y estarán muy relacionados con los de Gervasio y Protasio, patronos de Milán. (³⁰)

La representación iconográfica de Celso y Nazario es interesante y confusa: suelen aparecer juntos y casi de la misma edad, cuando en la “realidad” Celso era un niño de escasos 9 años cuando fue adoptado por Nazario. Ambos suelen estar barbados y Nazario, incluso, vestido de soldado romano o por lo menos, tocado con gorro militar.

En algunas estampas no medievales, aparecen juntos, en actitud gradívica y con las palmas martiriales. En ocasiones, llevan la espada con las que fueron martirizados e incluso como se evidencia en pinturas del S XV (³¹), aparecen vestidos a la usanza del momento y de aspecto muy poco romano o paleocristiano.

²⁹ Paulino de Milán fue secretario de San Ambrosio en sus últimos años de vida y su biógrafo principal. Sobre su obra: SANCHEZ SALOR, Eustaquio: *Historiografía latino-cristiana: principio, contenidos, forma*; Roma, L'erma di Bretschneider, 2006.

³⁰ AAVV: *Diccionario de los santos*; Madrid, Paulinas, 2000, T. II, pag. 1744 y ss.

³¹ La capilla del cementerio de Sologno, cerca de Caltignaga, N de Italia, tiene unas delicadas pinturas al fresco del S XV puesta bajo la advocación de estos dos santos, los cuales aparecen jóvenes, bellos, ataviados con ropas cortesanas de época apostados en los costados de la calota absidal y próximos al donante. En ambos casos, los santos llevan en su mano la espada martirial.



Estampa del S XIX con ambos santos



Estampita devocional con ambos santos



Imagen de San Nazario

Santa Bárbara

Esta santa que la *Leyenda dorada* ⁽³²⁾ ambienta su vida durante el reinado de Maximiano, la hace nativa de Nicomedia e hija de un importante personaje pagano del lugar: Dióscoro.⁽³³⁾ Sus primeras referencias escritas aparecen en unas Actas apócrifas de su martirio que fueron incluidas en la obra de Simeón Metafrastes y otros autores con posterioridad. ⁽³⁴⁾

Dada su belleza física, el padre le hizo construir una torre para encerrarla allí y protegerla de las acechanzas de los pretendientes. A pesar de ello, la joven, de gran viveza e inteligencia se las arregló para no sucumbir a la vanidad y fue muy espiritual desde niña. En cierta ocasión en que sus padres la llevaron a un templo inquirió sobre las estatuas de los ídolos allí colocados. Le respondieron que eran las imágenes de los dioses que había que

³² *La leyenda...*, Op., cit., pag. 896 y ss.

³³ Si atendemos a la posible etimología del nombre, βαρβαρα (*Barbara*) es su raíz griega y significaba antiguamente algo así como “extranjera”. Los antiguos griegos cuando no entendían lo que hablaban otros pueblos decían “*que hablan bla bla*”. En efecto, está documentado que la forma inicial de esta palabra era βλα βλα λῶς (*bla-bla-lós*), literalmente *el que habla bla bla*. El tono peyorativo de *bárbaro* se usó mucho tiempo después, luego de las invasiones de pueblos que se comportaron *bárbaramente*, es decir, como extranjeros, a los que no se les entendía lo que hablaban y que hacían cosas que, por deslizamiento semántico, acabaron por ser *barbaridades*.

³⁴ *Passio*, en SIMEÓN METAFRASTES (Migne, P.G., CXVI, col.301 sqq.); MOMBrito, *Vitae sanctorum* (Venecia, 1474), I, fol.74, SURIO, *De probatis sanctorum historiis* (Colonia, 1575), VI, 690, un trabajo relativo al incidente en Gorkum; WIRTH, *Danae in christlichen Legenden* (Viena, 1892); VITEAU, *Passio ns des saints Ecaterine, Pierre d'Alexandrie, Barbara et Ansyia* (París, 1897); *Legenda aurea des Jacobus a Voragine*, ed. GRASSE (Leipzig, 1846), 901; *Martyrologies* de BEDE (Migne, P.L.,XCIV, col. 1134), ADO (Migne, op. cit., CXXIII, col.415), USUARDO (ibid., CXXIV, col.765 y 807), RABANO MAURO (ibid., CX, col. 1183); GALESINO, *S. Barbarae virg. et mart.*, ed. SURIUS, loc. cit., 690-692; CÉLESTIN, *Histoire de S. Barbe* (París, 1853); VILLEMOT, *Histoire de S. Barbe, vierge et martyre* (París, 1865); PEINE, *St. Barbara, die Schutzheilige der Bergeleute unde der Artillerie, und ihre Darstellung in der Kunst* (Freiberg, 1896). En: “Santa Bárbara”, artículo de la Enciclopedia Católica. Tomado de: <http://ec.aciprensa.com/s/sanbarbara.htm>. Sobre San Simeón Metafrastes: FERNÁNDEZ JIMÉNEZ Francisco María: *El humanismo bizantino en San Simeón el nuevo teólogo: la renovación de la mística bizantina*; Toledo, R. B. Servicios Editoriales, 2000.

adorar y que en otros tiempos habían sido hombres. Esto hizo que Bárbara comenzase a meditar sobre la naturaleza de esos dioses que no eran completamente divinos.

Luego, se enfrascó en el estudio de las artes liberales y conoció la existencia en Alejandría de un sabio llamado Orígenes, al que se decidió escribirle para solicitarle explicación sobre si conocía al dios verdadero y cómo era de existir. En la nota, explica con vehemencia y profundidad los grandes principios del cristianismo, pero presentados como necesidad de su espíritu juvenil. Despachó a un correo de suma confianza y se dedicó a orar para que la carta llegase a destino.

Cuando el correo llegó a Alejandría, Orígenes estaba en la casa de la madre del César, adoctrinándola en el cristianismo y se alegró profundamente por la piedad de la niña. Le respondió la nota y despachó al correo que enviase Bárbara, a la vez que lo hizo acompañar con un discípulo aventajado, para poder ayudar a responder las preguntas que la joven deseara formularle. Enterado el padre de Bárbara de la presencia de un extranjero en casa, fue calmado por ésta indicándole que era un médico alejandrino que curaba almas además de cuerpos.

Con toda profundidad, Valentín, discípulo de Orígenes, catequizó a Bárbara y ésta, deseosa de ser bautizada de inmediato, pudo hacerlo en la misma torre en la que su padre la tenía aislada. Inmediatamente se dio a la lectura de libros religiosos y creció su fe hasta que su padre, preocupado por su futuro matrimonial, trató de influir en ella para que se decidiera a casarse con alguno de los múltiples y poderosos pretendientes que la requerían.

Al negarse ella a casarse, no insistió por el momento y emprendió un largo viaje de negocios, no sin antes dejar pactada la construcción de una piscina cubierta y pagando el trabajo por adelantado (queremos creer que esta piscina podría significar el lugar del bautismo de Bárbara, pues si no, carece de sentido encargar una obra de ese tipo y marcharse). Durante las obras, Bárbara hizo que agregasen una ventana más a las dos que estaban previstas la torre donde era confinada, lo que motivó la cólera del padre a la vuelta de su viaje. El arrebato sobrevino al recibir la explicación de la joven sobre la necesidad de tres ventanas en representación de la Trinidad. En ese momento, un temblor en la tierra hizo caer al padre y la tierra se tragó a Bárbara, dejándola depositada sana y salva en la cima de un monte, a la vista de unos pastores.

Delatada por uno de ellos ante el padre, fue maldecido por Bárbara y convertido en estatua de piedra en tanto sus ovejas en saltamontes (cosa que el mismo de la Vorágine sospecha que es falso), tras lo cual el padre la arrastró a casa por los cabellos, la azotó, la encerró en la torre y la acusó ante el gobernador de ser cristiana.

Como no adoró a los ídolos paganos fue brutalmente azotada y encerrada en prisión hasta que se decidiera el tipo de muerte que tendría. Esa misma noche, Jesucristo se le apareció y la alentó a no tener miedo del tirano, curándole inmediatamente las llagas sangrantes. Cuando a la mañana siguiente fue llevada ante el gobernador, éste interpretó que los dioses romanos se habían apiadado de ella y la habían curado, a lo que fue secamente respondido que los dioses paganos eran tan sordos y ciegos como él. Ante la furia del gobernador, Bárbara fue quemada en sus costados por candelas y se mandó que se machacara la cabeza con un martillo. Como la joven resistía y seguía orando, se le cortaron de cuajo los pechos y obligada a caminar desnuda por la ciudad mientras se la azotaba.

Como un ángel descendió del cielo y la cubrió con un manto blanco, fue condenada a una muerte inmediata y a ser despedazada. Furioso, el padre de la joven solicitó permiso para ser él el ejecutor y se llevó a Bárbara hasta la cima de un monte para ultimarla. En este camino, ella imploró el perdón de los pecados para quienes invocasen el nombre de Jesucristo y se acordasen de “esta humilde sierva tuya”. Ante esto, una voz celestial la invitó a ingresar al Cielo y participar de la Gloria.

Degollada por su propio padre un cinco de diciembre (sic) y enterrada junto a Santa Juliana, éste no llegó a retornar a casa, ya que un fuego misterioso enviado desde el cielo lo consumió completamente y desapareció todo rastro físico de su cuerpo.

Para finalizar, la fuente se explaya en dos casos de milagros que Santa Bárbara operó en dos momentos diversos por los cuales la justicia y la verdad salieron inmediatamente a la luz. Esto dio lugar con posterioridad, a la amplia difusión del culto a esta santa y de su notable cantidad de seguidores desde mediados de la Edad Media y con creciente apego más allá de la Modernidad.

Es interesante ver cómo la figura de Santa Bárbara se ha convertido en una de las santas de mayor devoción durante la Edad Media y se transformó en patrona de innumerables oficios: artillería (por el episodio del rayo), arquitectos, albañiles y fortificaciones en general, cavadores de tumbas, fundidores y protectora contra el rayo, el fuego; por tanto, protectora de bomberos o de la muerte repentina sin penitencia, dado que realizó esa oración de encomendación de su alma en el momento de ser arrastrada por su padre al martirio.

Si iconografía habitual se desarrolla -en general- a partir del S VIII y es representarla con un manto rojo portando el cáliz de la sangre de Cristo rematado en una hostia o una rama de olivo, corona y espada, todos ellos símbolo del martirio. Usualmente a su lado aparece una torre en miniatura con tres ventanas o si lleva corona (asimilada a una princesa) ésta está almenada. Ha sido retirada del calendario litúrgico vaticano luego de 1970, dada la carencia

de datos fehacientes sobre su vida, aunque no ha retirado de la veneración popular su culto. En cuanto a sus reliquias, existe un cráneo que se le adjudica en la Parroquia San Pedro Apóstol de Montecatini Alto (Italia).



Imagen de Sta. Bárbara – S XIV



Supuesta reliquia del pie de Sta. Bárbara existente en Venecia



Imagen de Santa Bárbara – Procedencia barroca

Santa Juliana

Según la *Leyenda dorada* ⁽³⁵⁾ esta joven acomodada de Nicomedia, también llamada Lleana, le comunicó a su esposo, el prefecto Eulogio, que si éste no se convertía al cristianismo como ella, no habría consumación del matrimonio. Como este oficial político no podía abrazar al cristianismo, por ocupar un cargo en la administración romana, se lo advirtió. Ofuscada, Juliana, abandonó la casa matrimonial y se volvió a la de su padre, el cual la golpeó y devolvió con Eulogio. Como éste se mantuvo en sus dichos, como prefecto mandó azotar a su esposa y a colgarla de los cabellos por toda una jornada, en tanto criados vertían sobre su cabeza cubos con plomo fundido. Dado que soportaba este suplicio tranquilamente, fue encadenada y arrojada a un calabozo.

En él un demonio con aspecto “ángel bueno” se le apareció diciendo que era enviado del Señor para convencerla que adorase a los ídolos romanos y así salvarse. Sospechando el embuste, se puso a rezar inquiriendo a la divinidad sobre la identidad del personaje que tenía delante. Una voz le indicó que apresase al demonio y lo hiciera confesar, a lo que Juliana respondió atando con su propia cadena al demonio novato y luego de propinarle una paliza,

³⁵ *La leyenda...*, Op., cit., pag. 174 y 175.

logró saber que el diablo enviaba este tipo de mensajeros para ofuscar y confundir a los buenos cristianos y que si no lograban su cometido, luego eran muy duramente azotados por Belcebú. Como no recibió otra cosa más que golpes por parte de Juliana, el demonio imploraba piedad, al tiempo que fue sacada del calabozo y llevada por las calles encadenada, pero ella a su vez, llevaba avergonzado y encadenado detrás de sí al demonio. Al cansarse le arrastrarlo, lo arrojó en una alcantarilla.

Al llegar al tribunal, fue condenada a la rueda del martirio, por lo que todos sus huesos fueron quebrados e incluso con trozos de su cuerpo esparcidos por toda la sala del suplicio. Como un ángel del Señor se apareció y curó repentinamente a Juliana, más de quinientas personas asistentes y soldados, se convirtieron, lo que aumentó la furia del prefecto. Muertos los quinientos hombres y ciento treinta mujeres, Juliana fue metida en un caldero con plomo derretido, el cual se transformó en agua clara y tibia para baño.

Dada esta situación, el prefecto maldijo a sus propios dioses por inoperantes frente a una jovencuela y se recurrió a la decapitación para terminar este problema. En la marcha hacia el sitio de ejecución, se presentó el demonio que había arrojado antes Juliana y dando vivas voces de que había que ser inclemente con ella, dado que no creía en los dioses romanos. Ante una sola mirada suya, el demonio escapó aterrado, en vistas a ser nuevamente atrapado y azotado. Juliana fue finalmente decapitada junto a Santa Bárbara, pero a los pocos días su esposo pereció ahogado en plena navegación, su cuerpo arrojado con posterioridad a la costa, donde fue comido por aves de rapiña y fieras.

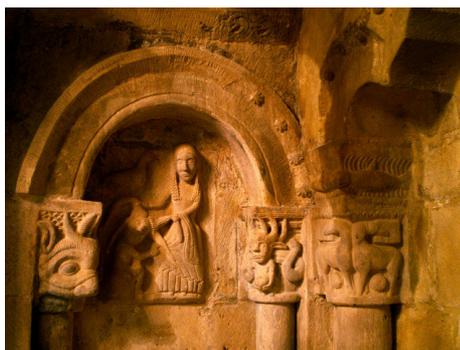
Según otras fuentes, fue decapitada en torno del 305 y sus reliquias fueron recogidas por una piadosa matrona las trasladó a Italia, pero como una tempestad hizo desviar el barco de su destino original, las mismas fueron finalmente llevadas a Nápoles. Aquí hay una confusión entre Juliana de Cumas y la de Nicomedia, las que fueron asimiladas a una misma leyenda y sus reliquias están esparcidas en diversos lugares de Europa: ingresadas por Pozzuoli, en la invasión lombarda del 586, fueron trasladadas a Cumas y en 1207 a Nápoles, difundándose su culto, llegando incluso reliquias a Holanda o Santillana (deslizamiento toponímico de Santa Lleana) del Mar, en Santander, España. Por ende, hay noticias contradictorias y poco fiables sobre su vida y Actas de martirio (³⁶), con lo que nos encontramos nuevamente con un personaje de muy difundida veneración pero de dudosa existencia física.

³⁶ La noticia histórica más antigua sobre ella se encuentra en el "*Martryologium Hieronymianum*", aunque hay correspondencia de San Gregorio Magno asegurando la amplia difusión del culto a esta santa: "*Gregorii Magni epist.*", lib. IX, ep. xxxv, in Migne P.L., LXXXVII, 1015. En: Enciclopedia Católica: <http://ec.aciprensa.com/j/julianasanta.htm> (consulta: 30-09-10). Asimismo, hay noticia en el Martirologio de Beda el Venerable y también en el de Floro y Adón de Vienne. En: *Diccionario...*, Op. Cit., pag. 1415 y ss.

Respecto de su iconografía, a Juliana suele representársela en actitud de doblegar al diablo de la celda o incluso en la forma de un dragón y con cadenas en la mano, presta a azotarlo con ellas. También puede ser representada en la ortodoxia oriental como una virgen velada y portando una cruz en su mano. En el caso de ser representada junto a Bárbara, ambas tienen la palma del martirio, un ángel las corona y próxima a ellas se encuentra un pavo real, símbolo de la resurrección.



Manuscrito del S XIV. Santa Juliana y el demonio encadenado



Sta. María de Siones – Región burgalesa (S XIII): Sta. Juliana y el demonio encadenado



Retablo gótico del S XIV: Sta. Juliana

Lo notable que se puede remarcar como continuidad en los casos analizados, es que:

- Más allá de que se trate de vidas ejemplarizantes, son de una riqueza de vivencias dignas de una novela de aventuras decimonónicas, impropias de personas posibles y menos en los tiempos que les tocaron vivir supuestamente.

- Los milagros que realizan son altamente significativos: amén de las curaciones, cambios o prodigios operados en la naturaleza, comportamiento de animales o resurrección de terceros, son posibles y necesarios para seguir vivos ellos mismos y continuar con la “obra encomendada”. De paso, el testimonio milagroso logra la conversión de los numerosos testigos en el mismo momento en el que transcurrían las acciones de sus vidas, lo cual ayuda en el proceso cristianizador.

- Cuando se escriben sus hagiografías, se les adjudica una determinada ideología (posiblemente muy en boga por entonces), pero que a lo mejor, no cuadraría con sus existencias reales. Cada uno de los ejemplos tratados muestra un epítome de ideas de la *paideia* o matriz ideológica del momento y de la manera más acabada. ⁽³⁷⁾

³⁷ Sobre el concepto de *paideia*, véase el tradicional JAEGER, Werner Wilhelm: *Cristianismo primitivo y paideia griega*; Madrid, FCE, 1998.

- En el caso de Tecla, se la ha relacionado con viejos cultos ocultistas e iniciáticos a los que dominaba sin problemas y a la mujer en general, como custodia de ese acervo cultural oculto, pero latente en el mundo tras su cristianización.

- Los prodigios operados no cuentan con la presencia directa de Cristo o visiones próximas de María, la que no aparece en ningún momento de los relatos relevados. Hay voces que guían o escasamente la aparición de un ángel del Señor para curar heridas insoportables, que sólo sirven de catalizadores a la acción. La persona curada, prosigue con su misión y ofuscando a las autoridades romanas que no comprenden lo milagroso de la situación. Cada uno de los personajes citados obra *per se* en la mayoría de las circunstancias con libre albedrío.

- La situación de sus cuerpos pudo ser revelada a algún santo varón o mujer con la intención de mostrar al mundo dónde se ocultan las reliquias. Allí sí hay intervención divina para poner de manifiesto al mártir. Cuando alguna reliquia es trasladada, o se pierde en el camino, o sufre algún tipo de problema que hace dificultoso su hallazgo o conservación.

- La iconografía de los santos estudiados es muy posterior y no ha sido unificada; si bien, muchos mártires han sido identificados desde temprano con una iconografía en particular y se la siguió utilizando desde el período paleocristiano en adelante. Los que citamos en este estudio, por carecer de existencia física, han ido adquiriendo diversas formas, rostros e incluso, atributos. En algunos casos, sus advocaciones cobraron interés tiempo después de la Edad Media y hasta el arte edulcoró sus imágenes asentándolas en las que hoy conocemos.

- Los santos analizados son altamente errabundos y viajeros. No desarrollaron su actividad en un momento determinado en un lugar fijo, sino que viajaron, fueron expulsados en repetidas ocasiones de diversos sitios y fueron sometidos a suplicios en más de una ocasión. Aún Juliana, de cortos desplazamientos, se atreve a abandonar la casa matrimonial y retornar a la paterna, marcando una suerte de viaje o desplazamiento de suma importancia, al haber dejado la casa de su marido y buscar refugio en la paterna. Creemos que esto no fija al individuo en una comunidad sino que le da un halo misterioso del cual es imposible casi conocer orígenes de la persona o buscarle “una partida de nacimiento”. Los sucesivos viajes y luego de sus muertes, las peripecias de sus reliquias hacen aún más interesante sus propias historias pero menos verdaderos sus vestigios y restos materiales. Independientemente del traslado de reliquias que se hizo en repetidas oportunidades de la historia de muchas de ellas,

las de los personajes estudiados es altamente sorprendente, especialmente las de Tecla y las de Longinos. Nazario y Celso tuvieron mejor “suerte”, por estar directamente relacionados con la ciudad donde aparecieron sus restos. Los casos de Bárbara y Juliana, son interesantes, pues fueron martirizadas juntas pero sus reliquias fueron a terminar a lugares absolutamente diversos y ninguna parte ha quedado en su lugar de origen.

- Los martirios no se realizaron de una sola vez, sino que parece que necesitaron de sucesivas “etapas” sistemáticamente, a cual más violenta y de mayor truculencia, concluyendo todos en decapitación, muerte propia de romanos y hasta la aparición de Saint Denis, en Francia, los decapitados terminaban allí mismo sus “carreras”.

En conclusión, la iconografía de los santos inexistentes analizados abrega en tradiciones que fueron forjadas desde el siglo II y hasta IV aproximadamente, coincidentemente con la invención de sus reliquias y la edificación de cultos populares que en ningún momento fueron negados desde la Iglesia. Es más, ésta incentivó el aspecto moral que desde estos cultos podía desarrollarse en los espíritus piadosos con las ideas que de otro modo no podrían “bajarse” linealmente, ya que pertenecían a la paideia, ideología o marco conceptual imperante.

En la obtención de la iconografía de estos santos inventados se ha recurrido al menú de posibilidades mentales que el culto popular disponía, en lo que Bianchi Bandinelli denominaría “arte plebeyo” para la matriz cultural romana (³⁸) y que vestiría la carnadura de estos personajes con las ropas con las que los desease ver: o como soldados romanos, barbados como sabios, con algún signo de su martirio o emblema identificatorio de fácil acceso en la comprensión de sus fieles. La fabricación de las reliquias no ofrecía ningún problema, dada la multiseccular práctica de hacerlo o de adjudicar identidad a un cuerpo encontrado, como en el caso de Nazario y Celso. De Tecla, sólo se pudo conservar el brazo que quedó aprisionado en la roca, pues su cuerpo no debería ser poseído ni siquiera por la Iglesia en la adoración de reliquias, ya que su defensa de la virginidad y pudor, fueron ampliamente demostrados en los episodios de sus repetidos intentos de martirio, al haber lenguas de fuego que cubrían su desnudez o su larga cabellera.

Del caso Longinos, existe hasta más de una lanza con la que atravesó el cuerpo de Cristo y a él se le debe la recolección de su sangre. Sobre su tumba se sabe que existe un misterioso

³⁸ BIANCHI BANDINELLI, Ranuccio: *Roma: el fin del mundo antiguo*, Madrid, Aguilar, 1970.

sarcófago de piedra traído a Praga por el emperador Carlos IV (1355-1378) y tras el ataque de tropas husitas en 1420 a Vyšehrad (emblemática población muy próxima a la capital de la República Checa), el cuerpo fue arrojado al río y se perdió, en tanto el sarcófago flotante fue recuperado. En los otros casos, trozos de sus cuerpos se encuentran divididos en diversas ciudades sin alcanzar a estar completos.

También, algunas reliquias de santos son confundidas a raíz de la existencia de dos personas con los mismos nombres y cuyo culto se desarrolla en una misma región, por lo que cuerpos de personas diferentes son asimiladas culturalmente a una misma entidad, con lo cual, a la postre el culto no está muy claro sobre el destinatario, pero profundo en el fervor popular, como el caso de las “Julianas” de Cumas y Nicodemia.

En definitiva, estos santos de existencia inverosímil proporcionan aleccionamiento, edificación, espejo de virtudes y guía al cristiano piadoso. Su iconografía es multifacética o polisémica, construida sobre la marcha de la construcción del culto de cada uno y con el agregado que cada época supo o deseó darle. La misma Iglesia ha retirado algunos de los estudiados del calendario oficial, pero no del espiritual de la devoción popular, ni mucho menos, se ha ordenado retirar las imágenes de las iglesias. Por el contrario, aún sigue eficiente la Leyenda dorada en muchos de sus aspectos, los menos naturalísticos o de verosimilitud y rigor históricos, pero, a la postre, irrelevante para millares de fieles que siguen encomendando y obteniendo las gracias solicitadas a la eficiencia de estos *santos inexistentes*.